
ROMANCE DE ALLENDE.

LAS NORIAS: DERROTA Y MARCHA.

Ya marchan presos los héroes
Sorprendidos en las Norias;
Mas no se calma el tumulto,
Y hierven de gentes olas,
Que agitadas de despecho
Unas con otras se chocan.
Elizondo, que dispuso
Hacer su inícua maniobra
Vendiéndose como amigo
Con su comparsa obsequiosa,
Al llegar al bravo Allende,
Éste, ciego por la cólera,
Traidor le llama, y dispara
Contra el traidor sus pistolas.
“¡Fuego!” responde, escapando,
“¡Fuego!” repite á su tropa;

Y tronaron las descargas
 En confusion horrorosa
 Cuando el humo se disipa,
 Percibe la gente absorta
 Al hijo gentil de Allende,
 El de cabellera blonda,
 El esforzado en las lides,
 La esperanza en las derrotas,
 En los brazos de su padre
 Espirante entre congojas.
 Levanta el padre aquel rostro,
 Besa la sangrienta boca,
 Y le dice enternecido,
 Con la voz trémula y ronca:
 “¡Ay! ¡dichoso tú que mueres
 “Sin mancha, como patriota!”

Elizondo, furibundo,
 Mata, dispersa, destroza,
 Y la traicion se engalana
 Con laureles de victoria.

“¡Adelante, prisioneros!”
 Grita insolente la tropa,
 Y las víctimas desfilan
 En procesion silenciosa.
 Allí se mira á Balleza,
 De Hidalgo brazo y custodia;

Allí Abasolo y Camargo,
 Y Zapata y Lanzagorta,
 Siguen su tranquila marcha
 Sin jactancia y sin zozobra.
 Se ve á don Mariano Hidalgo
 Lucir su noble persona,
 Y al grave Santa María,
 Ejemplo de calma estóica.
 Allí José Santos Villa
 Junto á Solís se coloca,
 Y sigue compacto grupo
 De respetables personas
 Que, pastores de la Iglesia,
 Y liberales sin nota,
 Quieren servir á la patria
 Y por salvarla se inmolan,
 Del Redentor de los hombres
 Haciendo las santas obras.
 Marcha así la comitiva
 En procesion silenciosa,
 Hasta tocar en la plaza
 Del oprimido Monclova,
 Donde repiques y salvas
 Celebraron la derrota,
 Que más bien debió llamarse
 De la traicion la victoria.

ROMANCE DE ZACATECAS.

“ Venid, Señor Intendente,
“ Que va tronar la tormenta;
“ Yo bien sé que sois osado,
“ Mas no se requiere fuerza
“ Cuando las iras del pueblo
“ Se desatan y revientan.”
Y Rendon el atrevido
Contiene su alma colérica,
Y la ciudad abandona,
De despecho y rabia presa.
El Conde de la Laguna
Que así hablara con prudencia,
A la turbulenta plebe
Noble y benigno sosiega
Cuando llegó de Dolores
El clamor de independencia.

Entónce el Ayuntamiento,
 Que ve la ciudad acéfala
 Y sobre ella amontonadas
 Espesas nubes de guerra,
 Dice: "Tomad, Señor Conde,
 " De este Gobierno las riendas,
 " Que Iriarte nos amenaza
 " Sin evitarlo Calleja."
 El Conde guardó silencio;
 La perdicion mira cierta
 De familias españolas,
 Y la incertidumbre deja.
 " Acepto; pero sepamos
 " Qué miras tiene la guerra;
 " No busquemos la matanza
 " Con la ceguedad de fieras,
 " Ni la razon apaguemos
 " Cuando su luz se desea;
 " Llamad de San Cosme al Cura,
 " Y llamad al Cura Piedras,
 " Que conversen con Iriarte
 " Y sus intenciones sepan."
 • Llega el Cura de San Cosme:
 Su frente es alta y severa,
 Seco, flaco, y la mirada
 Como luminosa estrella.
 Habla, y de sus puros labios
 Se derrama la elocuencia,

Con brillo de tal estima,
 Con tintes de tal pureza,
 Que dominando por noble
 Los ánimos encadena.
 ¡Qué patriota! ¡qué cristiano!
 ¡Qué palabra tan discreta!
 El Conde de la Laguna
 La escucha con complacencia
 Y le dice: "Dios os lleve,
 " Que ansioso espero que vuelvan."
 —¿Quién es—todos se preguntan—
 El Padre?—y es la respuesta:
 —Es el Cura de San Cosme,
 Es la honra de nuestra tierra,
 Esperanza de la patria
 Y luminar de la Iglesia.
 Es el *Doctor Cos*, que asoma
 Aquí por la vez primera,
 Y astro fulgente en su cielo
 Lo verá la Independencia.

La conducta del buen Conde
 Reprobó el brutal Venegas,
 Y de Cos marcó la frente
 Su rencoroso anatema.

ROMANCE DE CHIHUAHUA.

HIDALGO Y SUS COMPAÑEROS ENTRAN PRESOS EN CHIHUAHUA

I

En medio de las llanuras
De los inmensos desiertos
Que en el confin de la patria
Miran del Norte el lucero;
Donde no crece la yerba
Ni murmura el arroyuelo,
Ni los pájaros cantores
Vuelan cortando los vientos;
Donde el grito de las fieras
Despertar suelen los ecos
Y el alarido salvaje
Del comanche infunde miedo;
Donde mirando á la tierra
Entre el pavor del silencio,

Nos parece de repente
 Cadáver de un mundo yerto,
 Y cual fantasmas las sombras
 De las nubes en su seno,
 De pronto se nos presenta,
 Como llovida del cielo,
 La pintoresca Chihuahua
 Con indecible embeleso.
 Cual bandada de palomas
 Sus blancas casas, cubriendo
 El trecho de una llanura
 Que nos inspira contento.
 Las casas como que llevan
 Sobre los hombros sus templos,
 Y que van las arboledas
 De su grupo en seguimiento.
 En torno las sementeras,
 Los ganados á lo léjos,
 Los desiertos más distantes,
 Y en pié viéndolos los cerros.
 En ese giron de tierra
 Que el hombre arrancó al desierto,
 ¡Cuán bella se ve á la patria
 Que casi se va perdiendo!
 Son ginetes extremados
 Sus donceles y guerreros;
 Atraviesan los peligros
 Sin interrumpir sus juegos,

Y convierten en leyendas
 Sus amores romancescos.
 Las damas, como los lirios
 De sus escondidos huertos,
 Son las delicias del alma
 Por lo fiel y por lo tierno;
 Y son matronas sublimes
 En el conflicto y el riesgo,
 En esos dramas horribles
 Del salvaje en el desierto.
 ¿Quién pinta de ese carácter
 Lo delicado y lo austero?
 ¿Lo sencillo del infante?
 ¿Lo incontenible y soberbio?
 ¿Cómo pintarlo en las fiestas
 Afectuoso y bullanguero,
 Y furibundo y ardiente
 En los combates sangrientos?
 ¿Y quién pintar lo patriota
 De su independiente pueblo
 Que conserva sus memorias
 Como aureola de luceros,
 Y que guarda en su recinto
 Mil tesoros de recuerdos?
 Era de ochocientos once
 Y de Abril el mes funesto,
 Cuando entraron en Chihuahua
 Hidalgo y los suyos presos.

Los *chaquetas* muestran gozo,
 Rabia y estupor el pueblo.
 Dianas están las cajas redoblando,
 Las campanas repican desde lo alto;
 Los patriotas se alejan del concurso
 Muy paso á paso,
 Y estando solos, á enjugar su llanto.

 II

A los presos se conduce
 Con gran farsa y aparato,
 De la ciudad á un extremo
 Ya dispuesto de antemano,
 En singular edificio
 Que han respetado los años.
 Es el principio de un templo
 Sin concluirse, abandonado,
 Con su gótica fachada
 Y en pié y aislados los arcos,
 Que apoyo de naves fueran,
 No burlas del viento vano,
 Si á los proyectos del hombre
 Fueran sumisos los hados.
 Es la vida interrumpida
 De muerte por el asalto:
 Es la ruina, las grandezas
 Del nacimiento usurpado,

Lo súbito, lo imprevisto,
 En esqueleto imperando.
 A Colegio de Jesuitas
 Era el templo destinado,
 Y el lugar en que soñaban
 Los arquitectos los claustros,
 Y los amplios corredores,
 Y los amplísimos patios,
 Fueron salas, oficinas
 Y lugares apropiados
 A un hospital miserable
 Que San Felipe llamaron
 Recordando á los Jesuitas,
 Sus grandezas recordando,
 Y su destierro terrible
 De México, inesperado.
 Al tenerse la noticia
 De que fué aprehendido Hidalgo,
 El Comandante Salcedo,
 Que ejerce el supremo mando
 De Chihuahua, del Colegio
 Cortando el extenso patio,
 Con premura desusada
 Hizo construir unos cuartos
 Para encerrar á los presos,
 Cuartos de mezquino espacio,
 Sin luz, cual cajas de adobe,
 Para hombres asfixia y asco;

Dejando al vasto edificio
 Con dos miserables patios
 De que quedan las señales
 Por la ruina de los cuartos.
 Miétras el pueblo padece
 Gritan vivas los soldados
 Y repican las campanas,
 Y los presos van marchando.
 ¡Ay de Hidalgo!
 ¡La hora de tus verdugos
 Ha sonado!
 Repite el pueblo los nombres
 De Camargo y de Carrasco;
 Mireles y Lanzagorta
 Van tranquilos platicando.
 A Allende se reconoce
 Por lo altivo y lo gallardo;
 A Aldama por lo modesto;
 A Chico por lo galano,
 Y al Mariscal Abasolo
 Por lo garboso y lo guapo.
 El coche de Hidalgo cubren
 Los numerosos soldados,
 Y allí es donde los curiosos
 Vánse ansiosos agrupando.
 ¡Ay de Hidalgo!
 ¡La hora de tus verdugos
 Ha sonado!

En el cubo de la torre,
 Que es un reducido cuarto,
 Para habitacion estrecho
 Y para prision insano,
 Cerrado con toscas puertas
 De cerrojos y candados,
 Con poderosa custodia
 Sepultóse al Cura Hidalgo;
 Y á los presos que le siguen,
 En los asquerosos cuartos.
 Corredores y azoteas,
 Bóvedas, pasos y tránsitos,
 Ocupaban vigilantes
 Centinelas y soldados
 Por fuera el rumor escucha
 La gente con sobresalto,
 Hasta quedar en silencio
 La prision, y paso á paso,
 Haciendo hileras y grupos,
 Fuése el pueblo dispersando.
 De gorja están los esbirros;
 Los patriotas, con espanto
 Repetian en voz baja:
 ¡Ay de Hidalgo!
 ¡La hora de los verdugos
 Ha sonado!

ROMANCE DE LA INSURRECCION.

Marchando van á Chihuahua
Hidalgo y sus compañeros,
Siguiendo hasta hallar la muerte
Del martirio el derrotero.
Con el desleal Elizondo
Quedan insurgentes presos,
El que luego que se siente
De todos señor y dueño,
Pidiendo á su sed de sangre
Como estímulo y refuerzo,
Lanzó sobre ellos comanches
Que formaban en su ejército,
Como en tropel á los lobos
Sobre indefensos corderos.
Fué el furor de la matanza,
Fué un delirio carnicero,

Miedo y horror de la tierra,
 Espanto del mismo infierno.
 Los pocos que se ocultaron
 Van para Monclova presos,
 Donde los del Rey demuestran
 Entusiastas su contento.
 Salvas, vítores y flores
 Hienden alegres los vientos,
 Y cruzan así las calles
 Los cansados prisioneros.
 Gritan feroces soldados
 Que viva Fernando Séptimo;
 Y "mueran los insurgentes"
 Añade estúpido el pueblo.
 Así hasta la inmunda cárcel
 A los presos condujeron;
 Y era el lugar tan mezquino,
 Tan reducido y estrecho,
 Que unos en otros quedaban
 Como aprensados los cuerpos,
 Luchando cada garganta
 Por conquistar el aliento.
 Por cuatro veces la noche
 Llegó á mirar tal tormento,
 Sepultando en sus horrores
 Lo cruel del martirio intenso.
 Al cabo los de Elizondo
 Viva compasion fingiendo,

A los indios desdichados
 Como bestias repartieron,
 Sintiéndose como esclavos
 En solaz y refrigerio
 "Matad á los oficiales,
 "Acabad con los sargentos:
 "Así lo manda Elizondo,
 "Así lo manda Salcedo,"
 Dijo una voz, y preparan
 Los patíbulos sangrientos
 Y á la voz, como si fuese
 Voz de vida y de consuelo,
 Voz de libertad querida,
 Voz de victoria y contento,
 Del antro que los sepulta
 Salen airosos y esbeltos,
 Acosta, Ortega, Navarro,
 Domínguez, Malo, y con ellos
 Ocarranza, el conocido
 Por sus inmortales hechos,
 Y príncipe, entre los libres
 De honra y de valor ejemplo.
 "¡Muera!" gritan los verdugos:
 "¡Viva el pueblo!" gritan ellos:
 Truenan horribles descargas,
 Y despues reina el silencio.
